

Asociaciones e instituciones culturales:  
el caso de las bibliotecas en México y Argentina.  
Trayectos, hipótesis y problemas

MARÍA DE LAS NIEVES AGESTA  
*CER/UNS-CONICET*

Sostiene Alberto Manguel (2007), actual director de la Biblioteca Nacional Argentina, que en las bibliotecas el tiempo parece detenerse. Sin embargo, esta experiencia subjetiva de la temporalidad lectora convive con la historicidad de la institución que, al decir de este mismo escritor, ha cumplido un papel especial como espacio simbólico donde se concentró durante siglos el poder intelectual occidental. Asimismo, fue a partir de ellas que se articuló en gran medida el proyecto democratizador que Néstor García Canclini (2001) ha definido como uno de los cuatro movimientos básicos de la modernidad y que hizo de la confianza en la educación, la difusión del arte y los saberes especializados, la condición de una evolución racional y moral de las sociedades.

Escribir la historia de las bibliotecas en América Latina significa, por ende, reconstruir el proceso de conformación de los Estados Nacionales y de la sociedad civil, con sus cruces y tensiones, tanto como explorar las transformaciones que se produjeron en las representaciones colectivas y las prácticas

cotidianas que vincularon a los diferentes grupos sociales con la cultura impresa en el transcurso de los años. Agencia y poder se enlazan así en el pasado de estas instituciones culturales recordándonos que, si bien las bibliotecas sugieren e imponen un orden, no deciden por sus lectores sino que ofrecen un espacio donde cada uno opta por “ser conformista o revolucionario”. Es en este sentido que leer puede convertirse, como sostiene Manguel, en un acto de rebeldía, en un acto subversivo.

El proyecto posdoctoral que desarrollo en la actualidad en el IIBI-UNAM bajo la dirección de la doctora Rosa María Fernández de Zamora constituye una primera aproximación al estudio de algunos aspectos de los sistemas bibliotecarios de ambos países durante las últimas décadas del siglo XIX y las iniciales del siglo XX, que tiene como principal objetivo la reconstrucción de los tránsitos bibliográficos entre uno y otro. Aunque el avance de la investigación se halla en un estado aún incipiente, el presente trabajo tiene como finalidad compartir el trayecto teórico y empírico que me ha conducido a la formulación de las hipótesis y los problemas que orientan este plan, y que me permiten plantear interrogantes no previstos inicialmente a que anticipan la potencialidad del enfoque comparativo entre ambos modelos.

Dado que mi formación específica en historia y sociología de la cultura imprime un sesgo particular a la perspectiva desde la cual se observan las bibliotecas en cuestión, es uno de los propósitos esenciales de mi estadía adquirir las herramientas teóricas y metodológicas que ofrece la bibliotecología para abordar la historia de estas instituciones, sus formas de organización y la conformación de sus patrimonios bibliográficos. Asimismo, en tanto mis estudios han estado ligados a la reconstrucción del pasado de un espacio local del Interior de la Argentina, se pretende avanzar sobre una dimensión comparativa que permita asumir una visión

más integrada de las experiencias latinoamericanas. De este modo, las entidades bonaerenses que constituyen mi principal objeto de análisis podrán ser abordadas en su singularidad sin caer en miradas exclusivamente regionalistas mediante la inserción de los problemas específicos en el marco de otros más amplios de carácter nacional y continental.

DE LAS REVISTAS A LAS BIBLIOTECAS:  
EL TRAYECTO DE LA INVESTIGACIÓN

Como señalé antes, hasta el momento mis puntos de vista han estado atravesados por las preocupaciones de la historia de la cultura y por la reflexión en torno al problema de la escala. Desde esta doble matriz, he abordado diversos objetos e instituciones que me han conducido al estudio de las bibliotecas. Desde 2004, en mi tesis de maestría (Agesta, 2009) y desde 2009 en mi investigación doctoral (Agesta, 2016), las revistas culturales editadas entre 1902 y 1907 de Bahía Blanca, una ciudad intermedia situada al sudoeste de la provincia de Buenos Aires, fueron el núcleo principal de mi trabajo. A partir de ellas, me introduje en otras cuestiones atinentes a la organización social y las prácticas culturales de la época, en particular, en aquellas referidas a la conformación del grupo letrado que llevó adelante estos proyectos editoriales modernos, que modificaron la composición y las prácticas de la élite mediante la diversificación de las bases sociales de su legitimidad. En este contexto, adquirió una relevancia especial la creación de nuevas instituciones dedicadas exclusivamente a la producción y difusión de la cultura pero también su articulación con distintas entidades de la burguesía local que, al igual que las de extracción popular, se habían multiplicado desde fines de la centuria anterior.

De este modo, mi investigación experimentó un desplazamiento de la historia cultural a la historia social y una ampliación temporal que extendió mi término *a quo* hasta las últimas décadas del siglo XIX. El análisis de las asociaciones culturales bahienses entre 1882 y 1927 a fin de reconstruir el proceso de ampliación y de diversificación de la élite y el rol que en ella ocuparon los grupos letrados fue el nuevo eje de trabajo, así como su vínculo con las demás instituciones culturales de la zona.

BIBLIOTECA POPULAR Y BIBLIOTECA PÚBLICA,  
DOS MODELOS ALTERNATIVOS

Las bibliotecas populares del sudoeste bonaerense constituyeron un claro ejemplo de articulación entre formaciones e instituciones en tanto que surgieron de agrupaciones civiles que llevaron adelante estos proyectos de promoción de la cultura letrada. En este sentido, es de mi interés abordar tres bibliotecas creadas entre 1882 y 1930: la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca (1882), la Biblioteca Popular Sarmiento de Tres Arroyos (1899) y su homónima de Coronel Suárez (1915), que resultan comparables desde el punto de vista institucional y geopolítico. Esta consonancia no implica, por supuesto, desconocer las especificidades que distinguieron estas experiencias, aunque sí supone articular las realidades locales en un constructo regional sustentado por la existencia de redes de sociabilidad y de intercambio de bienes culturales.

El calificativo “popular” con que fueron creadas, las distingue como parte de un proceso más general que caracterizó la conformación del sistema bibliotecario argentino desde sus inicios. En efecto, a diferencia de países como México, donde las bibliotecas públicas se convirtieron en vectores

de democratización de la cultura y en medios a partir de los cuales canalizar las demandas de extensión del beneficio de la educación al pueblo, en Argentina este rol fue ocupado por las bibliotecas populares. Junto a la escuela pública, ellas constituyeron las bases sobre las cuales se asentó el proyecto de educación nacional llevado adelante por el Estado argentino que, sin embargo, confió parte de sus prerrogativas a la sociedad civil en expansión. Sin dudas, mucho tuvo que ver en la configuración de este sistema la magnitud y la proyección pública de la figura de Domingo Faustino Sarmiento, quien fue presidente de Argentina entre 1868 y 1874, y centró gran parte de sus esfuerzos en la promoción de la educación mediante la creación de nuevas escuelas y colegios nacionales, la compra de materiales y libros, la renovación del modelo pedagógico a través de la introducción del normalismo y, por supuesto, del fomento de las bibliotecas a fin de estimular la expansión de la lectura.<sup>12</sup>

Personaje polémico y provocador, Sarmiento fue sumamente importante tanto para el avance legislativo y material del sistema bibliotecario, como para su conceptualización. Valga mencionar que, durante su gestión presidencial, las bibliotecas pasaron de 64 a 125, cuando se extendieron a buena parte de las provincias. Fue a partir de sus viajes a Estados Unidos entre 1847 y 1865 que desarrolló su idea de estimular las bibliotecas populares de acuerdo con el modelo de los Clubes de Lectores concebidos por Benjamin Franklin en 1727 en la ciudad de Filadelfia, y de las experiencias estadounidenses en las zonas rurales y en las ciudades. Tal como sostenía en su texto de 1840 “Espíritu de asociación”, la iniciativa privada debía preceder al accionar gubernamental

---

12 Sobre la figura de Domingo Faustino Sarmiento en relación con el desarrollo de las bibliotecas populares en la Argentina, véase Planas (2008 y 2012).

dado que, de acuerdo con su perspectiva, los pueblos que gozaban “del inestimable bien de la libertad” eran aquellos donde proliferan las asociaciones. Por ello, se volvía necesario promover la formación de “sociedades para fomentar la lectura de libros útiles, la difusión de los diarios entre los ciudadanos y la instrucción primaria en todas las clases de la sociedad” y así constituir bibliotecas en “cada aldea, villa o ciudad” (Sarmiento, 1939: 11-14).

Como indica Javier Planas, fundar una biblioteca de esta forma no sólo significaba crear un espacio para el préstamo de libros sino que suponía, en principio, organizar una entidad vecinal básica: proponer la idea, buscar adeptos, participar de la recaudación inicial, debatir los estatutos y los reglamentos, escoger un lugar físico y amueblarlo, asignar responsabilidades, armar la lista de los libros que desean adquirir, etcétera, y construir así un sentimiento de pertenencia comunitaria. En este primer momento, la responsabilidad de la expansión bibliotecaria quedaba casi con exclusividad en manos de la sociedad civil y, más específicamente, de sus élites, dado que el Estado se hallaba en pleno proceso de institucionalización y, por ende, no estaba en condiciones de asumir la constitución de una red de bibliotecas financiadas completamente por las arcas públicas.

Aunque sosteniendo la importancia de la iniciativa privada, más tarde Sarmiento fue matizando estas ideas iniciales para proponer un sistema de bibliotecas en el que deberían combinarse el esfuerzo público y el privado. El Estado funcionaría, en este marco, como ente regulador a la vez que como fuente complementaria de financiamiento a partir de la implementación de una política de subsidios. Fue así que en 1870, durante su presidencia, se promulgó la Ley 419 (reemplazada en 1989 por la 23.351), por la que se creó la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. A través suyo, el Estado tenía la misión de promocionar, apoyar y supervisar las bibliotecas

dejando a cargo de los ciudadanos dos aspectos sustanciales: la fundación y la administración. El éxito de la normativa fue indiscutible y así se deduce del notable crecimiento del número de bibliotecas populares que se produjo hasta 1876, fecha en que fue derogada la ley.<sup>13</sup>

Las instituciones bonaerenses formaron parte de este movimiento más amplio y, en consecuencia, su estudio permite reconstruir a partir de la dimensión microanalítica los avatares del proceso de configuración del sistema bibliotecario argentino desde sus inicios. En efecto, en los tres casos se trataba de bibliotecas surgidas a partir de sociedades civiles autónomas (Asociación Bernardino Rivadavia, Centro Recreativo del Comercio y Logia Masónica Abnegación) que —públicas por su acceso pero no por su gestión y financiamiento— se hallaban abiertas al público pero eran dirigidas y sostenidas por sus socios, que otorgaban a la cultura un rol fundamental en el desarrollo civilizatorio.

Las particularidades de las localidades examinadas, marcadas por una fundación relativamente tardía y un crecimiento acelerado vinculado a una inserción exitosa en el modelo agroexportador a partir de la expansión de la red ferroviaria, las convirtieron, de acuerdo con la definición de Mariano Plotkin y Eduardo Zimmerman (2012), en “zonas grises” donde la intervención estatal en la institucionalización de la cultura resultó más limitada y asistemática que en otros lugares del país. En este contexto, las élites locales, reunidas en entidades y agrupaciones de distinto tipo, como las bibliotecas, asumieron un rol decisivo en el desenvolvimiento de los procesos culturales, aunque siempre reclamando una intervención más activa por parte del Estado.

---

13 De diez bibliotecas populares que existían en 1870, se pasó a 106 en 1872, 156 en 1874 y doscientas en 1876.

En este sentido, es posible formular una primera hipótesis comparativa entre la realidad argentina y la mexicana según la cual las diferencias que evidencian ambos sistemas bibliotecarios encuentran sus orígenes en una concepción distinta de las relaciones entre Estado, sociedad civil y cultura. Aunque unidos por la confianza ilustrada en la cultura letrada como instrumento de transformación social y por un cierto reformismo liberal que compartieron las élites dirigentes de las naciones latinoamericanas, mientras en México el gobierno revolucionario (Quintana Pali, Gil Villegas y Tolosa Sánchez, 1988) asumió casi íntegramente un amplio proyecto bibliotecario donde la biblioteca pública fue considerada el elemento fundamental de la educación del pueblo, en Argentina este proceso fue compartido con la sociedad civil en la cual el Estado delegó parte de sus prerrogativas en materia de educación. Fue entonces la biblioteca popular y no la pública el eje del sistema bibliotecario en el país sudamericano. Si bien aún queda mucho por indagar en este sentido, podemos conjeturar que dicha particularidad argentina se debió tanto a la impronta sarmientina antes mencionada y la conformación de una esfera pública activa, como a la relativa precocidad de la implantación de dicho proyecto que provocó que su implementación no pudiera ser asumida en su totalidad por un Estado que se hallaba todavía en proceso de conformación y de consolidación.

LOS TRÁNSITOS BIBLIOGRÁFICOS EN LA CONFORMACIÓN DE LOS CATÁLOGOS BONAERENSES. EL CASO DE LA BIBLIOTECA POPULAR BERNARDINO RIVADAVIA DE BAHÍA BLANCA

Hasta el momento y por razones de tiempo, mis investigaciones se han limitado a indagar la formación, la composición y el funcionamiento de la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia

de Bahía Blanca. Esta entidad cultural, la más antigua de la ciudad, surgió como una iniciativa de la Asociación del mismo nombre creada en 1882 por un grupo heterogéneo de ciudadanos conspicuos. La misión pedagógica de alcance popular que se atribuía a la Biblioteca Rivadavia enunciaba, desde su misma fundación, un compromiso con el proyecto nacional de alfabetización y formación de los ciudadanos y venía a suplir, en cierta medida, las carencias del propio Estado en materia educativa. En este sentido, su existencia estuvo marcada por la tensión entre la reivindicación de autonomía y los reclamos de apoyo gubernamental a través de la política de subsidios.

El estudio sobre esta biblioteca y su asociación se ha realizado por ahora a partir de tres líneas de investigación. La primera atañe a sus aspectos sociales e institucionales y resulta complementaria con otros estudios previos sobre los procesos de profesionalización de los grupos letrados en la ciudad. Dado que su accionar como “animadores culturales”, deseosos de crear las condiciones para el intercambio intelectual en una localidad provinciana los llevó a involucrarse en diferentes proyectos culturales (Martínez, 2013: 169-180), es ineludible rastrear su presencia en la gestación, dirección y administración de la biblioteca fundada por una de las asociaciones más antiguas del lugar. La exploración puso de relieve, por un lado, los nexos y las contradicciones entre las normas regulatorias y las formas efectivas de funcionamiento y, por el otro, las dinámicas asociativas en regiones relativamente alejadas de los nodos de producción y consumo intelectual. De este modo, se habilitó una reflexión sobre las tensiones entre lo estatal y lo privado en materia cultural, así como sobre las representaciones del Estado y el rol que sostuvieron los sectores dirigentes en los espacios considerados (Agesta, 2016b).

Un segundo eje se centra en la dimensión ideológica de la institución a la que se consideraba parte del proyecto modernizador y civilizatorio del país. En efecto, la confianza en el libro y la lectura como motores del progreso, fundamentada en el pensamiento ilustrado, sustentó las políticas de alfabetización impulsadas a partir del siglo XIX en los nacientes Estados latinoamericanos e impulsó la creación de bibliotecas populares como una muestra de la vocación pública de las élites. De acuerdo con ello, se han examinado las actividades de promoción y de divulgación cultural llevadas adelante por la Asociación, encaradas por una dirigencia que se concebía destinada a dirigir el rumbo de los asuntos públicos y cuyo deber era encabezar el progreso moral e intelectual de sus compatriotas. Este espíritu de reforma cultural formó parte de un proyecto más extenso que incluía, además, la cuestión social, la modificación del sistema político sobre bases legalistas y la reformulación del rol del Estado. Mediante los programas implementados, la asociación se transformó tanto en el núcleo de una intensa labor de difusión lectora y de extensión cultural, como en un centro irradiador y difusor de modelos intelectuales y en una plataforma de visibilización y de consagración social para los miembros de las sucesivas comisiones que se ocuparon de su dirección durante el período considerado (Agesta, 2016c).

La última línea de investigación desarrollada es de tipo intelectual o literario y aborda, mediante metodologías cuantitativas y cualitativas, la conformación y las transformaciones del material bibliográfico y hemerográfico que componía sus fondos (Agesta 2014 y 2012). De esta manera, se pretende analizar la importancia de la institución en la definición del gusto lector y la difusión de corrientes y modas literarias, así como su rol de mediadora entre los proyectos e intereses letrados y los de los usuarios. A modo de conclusión provisoria,

puede afirmarse que se ha observado una modificación relevante en la composición de los catálogos editados entre 1900 y 1932. Durante todo el periodo, se evidencia una clara preferencia por los autores románticos y realistas/naturalistas, así como un predominio de la literatura de aventuras y el folletín. Sin embargo, hacia 1916 comenzaron a sumarse obras de autores argentinos y latinoamericanos como Ernesto Quesada, Carlos Bunge, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Hilario Ascasubi, José Hernández, Estanislao del Campo, Marcos Sastre, Carlos Roxlo, Andrés Bello, Eugenio Cambaceres, Evaristo Carriego y Roberto Giusti, además de las de los miembros de la Generación del 98 española como Pío Baroja, Felipe Trigo, Jacinto Benavente, Miguel de Unamuno, Valle Inclán y Eduardo Zamacois, entre otros. Esta tendencia se acentuó en el catálogo de 1925 que denota una presencia creciente de autores hispanoamericanos, entre ellos mexicanos.

En relación con ello, se ha formulado una segunda hipótesis que sostiene que dichas transformaciones se debieron a la articulación de los intereses locales, cada vez más volcados a la búsqueda de una identidad latinoamericana y al tendido de redes con otros países del continente, específicamente con los Estados preocupados por la puesta en marcha de una activa política de difusión cultural. En efecto, en el caso de México resulta fundamental la política exterior desarrollada durante el ministerio educativo de José Vasconcelos, cuyos objetivos principales fueron divulgar la importante obra educativa y cultural impulsada por el Gobierno de la Revolución y concretar el viejo ideal bolivariano de “dignificar y unificar culturalmente a los pueblos iberoamericanos por medio de la difusión de lo mejor de su obra y de su pensamiento” (Quintana Pali, Gil Villegas y Tolosa Sánchez, 1988: 219), Esta política afectó directamente la composición de los acervos bibliográficos argentinos, tal como se deduce, por ejemplo, a partir del

convenio firmado por Enrique González Martínez con la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares para la distribución de publicaciones mexicanas en la red de bibliotecas bajo su jurisdicción (Yankelevich, 2007: 83-104). Aunque queda aún por hacer un estudio pormenorizado de los catálogos en función de las nóminas de libros enviados, puede conjeturarse, a partir de la creciente presencia de autores de esta nacionalidad en la Biblioteca Rivadavia, que dicha iniciativa tuvo una repercusión importante en la transformación del campo de lecturas disponible en el interior del país.

#### CONCLUSIONES

A pesar de hallarse aún en un estado embrionario, el presente proyecto de investigación confirma la necesidad de avanzar en el desarrollo de los estudios comparativos latinoamericanos en materia de historia cultural. El caso de las bibliotecas permite, de hecho, una primera aproximación a problemas comunes como el rol diferencial asumido por el Estado mexicano y el argentino en la conformación de las tempranas agendas culturales de ambos países, y el papel que asignaron al libro como instrumento de difusión y de propaganda nacionales. La articulación con investigaciones previas hace posible insertar el pasado bibliotecario en un marco más amplio que reafirma la noción de una historia integrada donde lo social, político, ideológico, económico y cultural aparezcan imbricados en una trama de determinaciones mutuas. Por otra parte, habilita una reflexión metodológica al plantear el examen minucioso del devenir de algunas bibliotecas de una provincia argentina como punto de partida para la construcción de una historia de redes y tránsitos culturales intracontinentales.

El análisis micro efectuado tanto a través de metodologías cuantitativas como cualitativas se convierte, así, en punto de partida para abordar problemas generales a una escala territorial más amplia.

La potencialidad de la comparación entre los procesos nacionales podrá ser explotada, entonces, a condición de enlazar los estudios sobre entidades particulares con los referidos a las políticas culturales estatales y al accionar de grupos e individuos comprometidos con el proyecto educativo y civilizatorio de la modernidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agesta, M. de las N. (2016). *Páginas modernas: revistas culturales, transformación social y cultura visual en Bahía Blanca, 1902-1927*. Bahía Blanca: EdiUNS.
- (2016b). “Modernismo de gente bien. Asociacionismo intelectual y cultura de élite en Bahía Blanca (1882-1930)”. En *Actas de las V Jornadas de Historia Social*. Córdoba: Red Internacional de Hist. Social / CEH Prof. Carlos Segreti.
- (2016c). “A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)”. *Estudios del ISHiR* [en prensa].
- (2014). “Literatura en los márgenes. El Modernismo en una ciudad del interior argentino (Bahía Blanca, 1900-1930)”. *Journal of Hispanic Modernism*, 5, 152-169. Disponible en: <http://jhm.magazinmodernista.com/2014/03/06/issue-5/>.
- (2012). “Rubén Darío en la ‘ciudad de la mar’. La visita del poeta nicaragüense a Bahía Blanca y su impronta en la constitución del campo intelectual local a principios del siglo xx”. En *IX*

- Jornadas del Departamento de Historia*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades de la Universidad de Mar del Plata.
- \_\_\_ (2009). *Proyecciones en imágenes: prensa ilustrada y cultura visual en el proceso de modernización de Bahía Blanca (1909-1910)*. Buenos Aires: IDAES-UNSA. Tesis de maestría. Disponible en: <http://www.mediafire.com/?hdlocatevwei19>.
- García Canclini, N. (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Manguel, A. (2007). "La lectura es un acto de rebeldía". *La Voz on line*. Disponible en: [http://archivo.lavoz.com.ar/nota.asp?nota\\_id=48208](http://archivo.lavoz.com.ar/nota.asp?nota_id=48208).
- Martínez, A.T. (2013). "Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico". *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 17 (2), 169-180.
- Pasolini, R.O. (1997). "Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: La Biblioteca Juan B. Justo de Tandil. 1928-1945". *Anuario IEHS "Prof. Juan C. Grosso"*, 12, 373-401.
- Planas, J. (2012). "Libros, lectores y lecturas: las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1876". La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Tesis de maestría. Disponible en: [http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/26138/Documento\\_completo\\_.pdf?sequence=1](http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/26138/Documento_completo_.pdf?sequence=1).
- \_\_\_ (2008). *Discurso sobre bibliotecas populares: Sarmiento*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Tesina de grado. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1138/te.1138.pdf>.
- Plotkin, M. y E. Zimmermann (comps.) (2012). *Los Saberes del Estado*. Buenos Aires: Edhasa.
- Quintana Pali, G., C. Gil Villegas y G. Tolosa Sánchez (1988). *Las bibliotecas públicas en México: 1910-1940*. México: Dirección General de Bibliotecas.

- Quiroga, N. (2003). "Lectura y política. Los lectores de la Biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata (fines de los años treinta y principio de los cuarenta)". *Anuario IEHS "Prof. Juan C. Grosso"*, 18, 449-474.
- Sarmiento, D.F. (1939). "El espíritu de asociación" [1841]. En *Páginas selectas de Sarmiento sobre Bibliotecas populares* (11-14). Buenos Aires: Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento.
- Vignoli, M. (2015). *Sociabilidad y cultura política. La Sociedad Sarmiento de Tucumán, 1880-1914*. Rosario: Prohistoria.
- Yankelevich, P. (2007). "México-Argentina. Itinerario de una relación 1910-1930". *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 45, 83-104.